

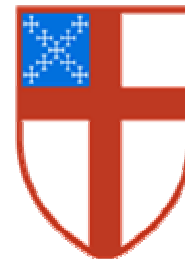


Iglesia Episcopal en Colombia

Comunión Anglicana

www.iglesiaepiscopal.org.co

Catedral de san Pablo, Bogotá, D.C. (iecsanpablo@gmail.com)



Domingo 18 de Marzo de 2007
Cuarto Domingo de Cuaresma

COLECTA

Padre bondadoso, cuyo bendito Hijo Jesucristo descendió del cielo para ser el pan verdadero que da vida al mundo: Danos siempre este pan, para que él viva en nosotros y nosotros en él; quien vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. *Amén.*

LECTURAS:

PRIMERA LECTURA: Josué [4:19-24]; 5:9-12

SALMO 34:1-8

EPÍSTOLA: 2 Corintios 5:17-21

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 15:11-32

COMENTARIO:

Hay dos momentos importantes que marcan el inicio de la experiencia de Israel como pueblo en tierra de Canaán: **la circuncisión** que, vista desde la óptica del redactor del libro de Josué los libera ya de la afrenta de Egipto y les permite volver a celebrar la Pascua, conmemoración, recuerdo vivo de la liberación de la opresión de Egipto. Y el otro momento que subraya el libro es el de poder **comer de los frutos de la tierra**. El alimento que les permitió sobrevivir en el desierto, el maná, ha desaparecido, ya no es necesario. Ese alimento que en la tradición religiosa de Israel era proporcionado directamente por Dios ya no les hace falta, no es que Dios se haya desentendido de la alimentación del pueblo, sino que ahora hay un paso más en la historia del crecimiento del pueblo: puede autoabastecerse porque posee ya una tierra; por tanto, tiene que entrar en juego la capacidad personal y tribal de cultivar para sobrevivir. Aquí hay todo un simbolismo sobre la madurez que debe ir alcanzando el pueblo gradualmente.

Por su parte el evangelio nos presenta la respuesta en parábolas que da Jesús a quienes se escandalizan porque admitía entre su auditorio la presencia de pecadores públicos; y no sólo por eso, sino porque, además, compartía la mesa con ellos. Para que tengan mayor motivo de escándalo, Jesús les plantea tres parábolas que tienen como factor común la misericordia de Dios para con los pecadores y los marginados

por la misma religión (aunque el Evangelio de hoy sólo nos presenta la tercera, conviene que en casa leamos las dos primeras con las que se abre el cap. 15).

La tercera parábola que comúnmente conocemos como “del hijo pródigo” deja ver el concepto que tiene Jesús del llamado Israel oficial, cuya figura queda plasmada en el hijo mayor, y al mismo tiempo, y consecuente con su sensibilidad respecto a los marginados y los “paganos”, presenta también lo que piensa Jesús respecto a la relación de Dios con esos marginados y paganos.

El hijo mayor se resiste a festejar el reencuentro del padre con el hijo menor; su argumento es que jamás él le ha ocasionado a su padre la tristeza y la amargura que su hermano menor le ha ocasionado; él siempre ha estado ahí, nunca se ha alejado de su casa y, con todo, jamás ha sido objeto de celebración y fiesta; en cambio, aparece este otro y no sólo no lo castiga, sino *tira la casa por la ventana* con semejante recibimiento y semejante fiesta.

Así es la mentalidad de la franja del Israel legalista. Mediante el cumplimiento puntual de una serie de normas el fanático legalista se hace a la idea de que está más cerca que nadie de Dios, lo hace sentirse más bueno que los demás porque “yo sí cumplo” y, por tanto, la poca fe que posee no la pone a disposición de Dios, sino a disposición de la norma. Dios pasa a un segundo plano y hasta se le pierde el respeto porque, si nos fijamos bien, el fanático legalista se cree en todo derecho de cuestionar el proceder de Dios, de exigirle que tiene que actuar de esta o de aquella manera. Para el legalista pues, la norma, la ley, lo que está mandado pasa a ocupar el puesto de Dios, y en esta relación se levanta una muralla de tal magnitud que ni Dios mismo puede franquearla para derramar su amor gratuito y bondadoso. ¿Por qué el padre tiene que corregir en aquellos términos al hijo mayor? Porque él, creyéndose tan cerca de su padre no había caído en cuenta de todo lo que tenía. Su padre y su hacienda, o sea, Dios y su proyecto de gracia, amor, libertad, escapaban al usufructo de aquel hijo -Israel-, cuya conciencia estaba obcecada por el legalismo.

Podría sonar duro, y ojalá no se malinterprete este punto de vista, pero los vestidos nuevos, el anillo, la música y el banquete de bienvenida al hijo menor, son como una manera de felicitar a este muchacho porque se arriesgó a vivir la experiencia de la separación, deliberadamente rechazó el calor del hogar y con plena conciencia se entregó al pecado; de no haber sido así, tal vez jamás hubiera podido experimentar el gozo, la alegría profunda que produce el perdón.

¿Habrá entonces que pecar para experimentar los efectos de la gracia? No. No se trata de eso. Se trata más bien de asumir la actitud valiente de reconocernos ya pecadores, de dejar a un lado la presunción de que somos buenos simplemente porque cumplimos con unas normas establecidas, porque rezamos, asistimos a la misa y tantas cosas más; esa era la mentalidad del hijo mayor y es la misma de tantos de nosotros hoy en día. Si logramos crear esa conciencia de que en todo momento necesitamos de la gracia divina, de su auxilio, de que como rebeldes rechazamos continuamente su proyecto y que necesitamos ser perdonados y acogidos por él, entonces sabremos qué se siente ser perdonados, acogidos y festejados por el Padre.